

1Samuel 17

David y Goliat

¿Qué decir de esta historia que ya no se haya dicho? ¿Qué enseñar que ya no se haya enseñado? Gracias a Dios, la misión de un predicador no es inventar nada nuevo. Lo cual sería mucho más sencillo. Ni decir nada nuevo. La misión de un predicador es anunciar la verdad de Dios y dejar que el Espíritu Santo haga el resto. Por eso me van a permitir que hoy lo haga como reportero. Me meteré en la historia y os la relataré para que sepan qué ocurrió allí.

Buenos días, soy Nicolás García, enviado especial del canal Berea, retransmitiendo en directo, para todos ustedes, desde el valle de Ela.

Me encuentro en éste magnífico lugar para relatarles la que puede ser la batalla más importante de toda la historia. Una batalla que será recordada por los siglos de los siglos.

Aquí se han juntado dos grandes ejércitos preparados para la batalla. A un lado del valle, las tribus filisteas se han juntado en lo que parece ser una campaña de reconquista de sus territorios. Recuerden que éstas tierras fueron una vez suyas, hasta que la perdieron a manos de los israelitas. Pareciera que se hayan juntado todos los filisteos, sin que falte ni uno.

Al otro lado del valle, tenemos a Saúl, rey de Israel, y a su ejército.

Hasta aquí todo parece casi normal. No parece que haya nada en esta historia digno de resaltar. Pues, todos enfrentamos batallas a diario. Estamos acostumbrados a superar los problemas que nos encontramos a diario.

Aunque, la verdad es que esta batalla promete ser diferente. No parece que vaya a ser una lucha equilibrada. No sólo por el número, ya que hay más filisteos que israelitas, sino también por el tamaño. Aún desde este lugar privilegiado en el que me encuentro, puedo observar que entre los filisteos hay guerreros de gran, grandísima altura.

Vengan. Acompañenme. Vamos a acercarnos a algunos de ellos. Ahí viene uno con su escudero. Se llama Goliat. Es increíble lo alto que es. Medirá aproximadamente unos tres metros.

El casco que lleva en la cabeza parece un sol de lo que brilla, y muy fuerte. Sí. Es de bronce. Su cota de malla debe pesar cinco mil siclos. Unos cincuenta y siete kilos. ¡Qué barbaridad! Sólo la punta de su lanza debe pesar casi siete kilos.

La descripción de Goliat ¿No es la descripción de ese problema enorme que nubla nuestro cielo, y nos roba la esperanza? Esa situación que no hubiéramos querido encontrar nunca en nuestra vida. Pero que sin quererlo, ahí está. Todos, hemos enfrentado en alguna ocasión un paladín, como Goliat. Un problema que se sale de la media. Que supera todas nuestras expectativas. Todas nuestras fuerzas. Nos aparece frente a nosotros, desafiante. Y nos reta. Nos amenaza diciéndonos que no seremos capaces de superarlo.

El problema puede ser cualquier cosa que nos sobrepasa. La rotura de tu pareja, la pérdida de trabajo, de la casa de tus sueños, o de un ser muy querido. Sea el que sea, es un problema que nos aplasta. Nos hace sentirnos derrotados aun antes de enfrentarlo.

Así es como deben sentirse los israelitas ante el desafío de los filisteos.

¿Cuál es tu Goliat? ¿Cuál ese problema mayúsculo que enfrentas ahora? ¿Alguna vez te enfrentaste aun matón grandullón? Alguien lo hizo.

Goliat se dirige hacia el valle. Va muy seguro y confiado. Está dando voces. Escuchen. Está diciendo que no es necesario que los dos pueblos se enfrenten. Que si alguien en el campamento de Israel se enfrenta a él, el que venza ganará la batalla y el contrario tendrá que servirle.

Es increíble. Parece que en el campamento Israelí no hay nadie que se atreva a hacerle frente al filisteo Goliat. Y no es de extrañar, ya que Goliat tiene todo el aspecto de un gigante grande, fuerte y malo que asusta a todo el mundo.

El ejército de Israel parece desconcertado.

El problema es que Israel busca entre sus filas a alguien como Goliat para que se enfrente con él, y no lo encuentran. Es más, no necesitan buscarlo. Saben que no hay en todo Israel nadie como Goliat. ¿Quién se enfrentará a este gigante? No hay nadie como él.

Por esta razón el filisteo se burla de Israel. Una y otra vez, por la mañana y por la tarde, se repite la escena. Vergüenza y confusión invaden las filas del ejército de Israel. Pero nadie se atreve.

Saúl, el rey, ha prometido riquezas y aún a su propia hija por mujer a quien derrote al gigante. La voz se corre por todo el campamento, pero nadie acude.

Esta mañana, como otra de tantas, el gigante ha vuelto a ponerse en medio del valle y ha retado a Israel. Sus palabras han ido recrudeciéndose con los días. Sus blasfemias son ya dolorosas a los oídos del pueblo, pero nadie se atreve a decirle ¡Qué haces! O ¡Qué dices! Es un enorme gigante.

¿Qué es lo que Goliat está haciendo para que no vean a Dios? Está exhibiendo su gran estatura. La magnitud de su persona. Israel está aterrado. Sólo ven a Goliat. Yo diría que ese gigante ya tiene la batalla casi ganada.

Disculpen, me dicen desde control que hay alboroto en el campamento de Israel. Algo pasa entre sus filas. Incluso Goliat ha guardado silencio y está mirando en dirección al campamento de los judíos.

Me dicen que se ha corrido la voz por el campamento. Alguien ha dicho estar dispuesto a enfrentarse al gigante filisteo. Se ha producido un tremendo alboroto. El pueblo parece gritar de euforia.

Por primera vez, en mes y medio, hay consternación entre las filas filisteas. ¿Se tratará de Jonatán, el hijo del rey? Todos saben que él es valiente. ¿Se tratará del jefe del ejército? ¿O será el mismo rey, cansado de tantas blasfemias del filisteo?

Todos están alterados. Los filisteos sienten el alboroto en silencio. ¿Habrá alguien que por fin se quiera enfrentar al gigante? ¿Quién osará hacerlo?

En el campamento de Saúl, todos miran de un lado a otro. Todos quieren saber quién se enfrentará, por ellos, al gigante.

¡Ya viene! Gritan todos. ¡Ya viene! Pero a su paso se va produciendo una expresión de decepción. La frustración va invadiendo el corazón del campamento judío. Las voces de júbilo se están apagando, y su lugar lo ocupa un clamor roto.

¡Es sólo un muchacho! Se trata de un joven. Casi un niño.

¿De quién se trata? Es el arpista de Belén. El que tocaba para Saúl, antes de que los filisteos presentaran batalla a Israel. Saúl lo envió de nuevo a su casa para ir a la guerra. ¿Qué haría en el campo de batalla?

Sus tres hermanos mayores habían seguido al rey, y su padre, se sentía angustiado por no tener noticias de ellos. Por lo que le envió víveres con David.

¿Cómo se le habrá ocurrido pensar que él podría enfrentar al gigante? ¿Cómo podrá un joven adolescente vencer a un guerrero gigante?

Cuando estamos enfrentándonos a los gigantes personales en nuestras vidas (un pecado difícil de vencer, el miedo, la inercia, la pereza, etc.), tenemos que hacerlo solos.

Dios nos deja luchar.

Parece que los hermanos de David han querido echarlo del campamento para que volviera a cuidar las ovejas del padre. Pero el muchacho no está dispuesto a seguir oyendo cómo un filisteo incircunciso avergüenza a los escuadrones del Dios viviente. Está decidido a luchar.

Lo llevan a la tienda del rey. Acerquémonos. Oigamos lo que dicen. El rey le está diciendo que no podrá luchar porque es sólo un muchacho. David le ha respondido que él ha luchado contra leones y osos, para defender las ovejas de su padre. Y cómo Dios estuvo con él entonces, lo estará ahora.

El rey le ha ofrecido su coraza, y sus armas. Pero el muchacho no puede ni andar con ellas. Mucho menos, luchar.

¿Con qué cuenta David para enfrentar al gigante? Ni tan siquiera una armadura. Ni una espada, ni una jabalina. Tan solo un cayado, cinco piedras lisas del arroyo en el zurrón, y una honda.

Las cinco piedras muy bien pudiera representar a los cristianos, limpios del pecado, pero inactivos. Me hacen recordar a aquellos que no hacen nada. Nadie los ha ayudado a entrar en la batalla. Quizás están listos, esperando que alguien los invite.

Silencio. El muchacho desciende por la colina hacia el valle, donde se encuentra Goliat. Cuando el gigante le ha visto acercarse, él también ha comenzado a caminar. Van a encontrarse en el centro del valle.

Cuando han estado lo suficientemente cerca, como para que Goliat viera bien a David, se ha echado a reír.

En las filas de Israel, se ha oído, un Ohhhhh. De frustración que ha recorrido todo el campamento.

Goliat ha dejado de reírse y se ha enfurecido de repente. Ha gritado que si es un perro para que David salga a su encuentro con un palo. Y se ha puesto a maldecir a David por sus dioses.

Goliat está fuera de sí. Ven a mí. –Le ha dicho. –Y daré tu carne a las aves del cielo y a las bestias del campo.

¿Qué hará David? ¿Saldrá huyendo?

-Tu vienes a mí con espada, lanza y jabalina -Está diciendo, -más yo vengo a ti en el nombre del Señor de los ejércitos, el Dios de los escuadrones de Israel, a quien tú has provocado.

Se ha vuelto a oír un: Ohhhhhhh, en el campamento de Israel, pero esta vez ha sido de admiración. David sigue gritando al gigante.

-El Señor te entregará hoy en mi mano, y yo te venceré, y te cortaré la cabeza, y daré hoy los cuerpos de los filisteos a las aves del cielo y a las bestias de la tierra; y toda la tierra sabrá que hay Dios en Israel. Y sabrá toda esta congregación que el Señor no salva con espada y con lanza; porque del Señor es la batalla, y Él os entregará en nuestras manos.

No cabe duda de que el muchacho ha tenido valor. Hasta Goliat ha sentido un ramalazo de respeto por el muchacho. Por un segundo lamentó tener que matarlo. Pero ese era su trabajo. Así que, atención. Goliat avanza hacia el pastorcito de Belén.

David se ha puesto a correr, pero no para huir. Está corriendo hacia el gigante. Lleva la honda en una mano y se ha metido la otra en el zurrón, ha cogido una piedra, la ha colocado con toda rapidez en la honda. Ha frenado su carrera. Se ha parado en seco. Está girando la honda. Goliat está a punto de llegar hasta donde está el muchacho. Levanta su jabalina. Pero David lanza la piedra y no da en el blanco. Parece que ha fallado. Goliat se paró al verle lanzar la piedra, pero ahora levanta su jabalina. Lo va a ensartar. ¡Pobre muchacho!

¿Por qué no lo hace? Sigue quieto con la jabalina en alto. ¿Qué ocurre? Se ha puesto pálido. ¿Qué tiene en su frente, parece sangre?

¡Ha caído! Goliat está de rodillas. La jabalina se le ha caído de la mano. Esto es increíble. Señoras y Señores. El gigante ha sido derrotado. Ha caído de bruces hacia delante. El escudero del gigante ha salido corriendo en dirección a las posiciones filisteas. Un grito ensordecedor ha salido del campamento de los israelitas, que vitorean a David.

David, ha corrido hacia donde está el gigante caído. ¡Cuidado David, que aún puede estar vivo! David no hace caso. Ha tomado su espada y le ha cortado la cabeza.

Señoras y Señores. Este final era impredecible. Nadie daba un centavo por David. Todos le daban por perdedor. Pero se ha convertido en el gran vencedor de la batalla.

Los filisteos han salido huyendo. Están levantando una terrible polvareda. Ninguno ha pensado en hacer frente a Israel. Ni tan siquiera los otros gigantes que había en sus filas. Todos se han puesto a correr.

Los de Israel le han levantado y han salido a su encuentro.

David, ¿Dónde vas con la cabeza del gigante? ¿La llevas a Jerusalén?

David ganó la batalla con una de aquellas piedras. ¡Qué no podrá hacer Dios con algunos de nosotros! Si nos dejáramos escoger por Dios, como David, escogió aquellas piedras. Si permitiésemos que Dios nos involucrara en sus batallas.

Cualquiera de nosotros en las manos de Dios, seríamos más que vencedores. Porque no hay nada imposible para Dios.

La fe, la esperanza y el amor, movieron a David a entrar en batalla contra el gigante.

Todos enfrentamos una terrible batalla. No es contra las personas, sino contra el espíritu que intenta impedir que agradecemos a Dios. Esta batalla no la ganaremos a menos que confiemos plenamente en Dios.

David sabía qué debía hacer. Y sabía cómo hacerlo. ¿Lo sabes tú? Necesitas prestar atención a la Palabra de Dios y seguir sus indicaciones. Seguir los consejos de Dios.

Todo el mundo conoce la historia. Enfatizo la “historia” porque este suceso ocurrió de verdad. No es una fábula, ni un mito. Ocurrió y así está escrito en la historia de Israel. Una historia que asombró al mundo, y que hasta el día de hoy ha sido estímulo para muchos.

La enseñanza fundamental que encierra es que no hay problema lo suficientemente grande que no se pueda vencer. Especialmente si cuentas con la fe de David. La fe en el Dios viviente.

Dado que todos enfrentamos gigantes en nuestras vidas, aprendamos de David. Hagámoslo como él lo hizo. Manteniendo la fe, la esperanza, y el amor.

Pr. Nicolás García